

Los umbrales

Liliana Muñoz

Ya no puedo permanecer con paciencia en los umbrales,
ni soportar el agua cuando llueve.

Horacio

No sé escribir cartas de amor, así que te voy a escribir un libro. Un ensayo, o unas memorias, o un no sé qué. Me preocupa el tiempo, o la constatación del tiempo, del poco tiempo que nos queda. No el tiempo de las manecillas ni el de los calendarios. Ni siquiera el de la escritura, inmóvil, suspendido. El tiempo que me atañe es el de tu cuerpo. Tu cuerpo diminuto, frágil, recostado en la hamaca. «Bello morir el que llega en el combate», afirma Virgilio en la *Eneida*, y, al mirarte, debilitada pero sonriente, fatigada pero serena, experimento algo parecido a la felicidad. Porque, paradójicamente, solo cerca de tu muerte me siento llena de vida. Es curioso: escribo reseñas de crítica desde hace doce años y siempre me he dejado guiar por el precepto de Steiner —«la crítica literaria debería surgir de una deuda de amor»—, procurando rendir, en la medida de mis posibilidades, una especie de tributo a los autores y obras que han trastocado mi vida. No obstante, es ahora, con la noticia de tu enfermedad, que caigo en la cuenta de que también contigo tengo una deuda, una deuda, si cabe, aún más grande. Una deuda que no sé si alcanzaré a saldar.

Visitar México en diciembre es ya una tradición familiar. Es, quizá, una de las épocas más dichosas del año. Llegar a Mérida es llegar al calor, la humedad y las lluvias invernales. Es llegar enferma y con fiebre, dada la escala en Madrid o Canadá, víctima del cambio de clima. Es despertar a las seis de la mañana para bañarme en la piscina del hotel de dudosa reputación donde me suelo hospedar la primera noche. Es ver a mis padres, por separado, y notar cómo envejecen de golpe, sin poder evitarlo: una arruga al sonreír, un desbalance al caminar, cierta cana, cierto achaque. Es ver a mi hermano y burlarme de su bigote, y a mis amigos de la infancia, y hacer lo que siempre hacemos, aunque en el fondo sepamos que las cosas cambian y nos hacemos mayores. Es, sobre todo, entrar sin permiso en casa de mi tía Yoli, como si fuera un ladrón, y vigilar que nadie se acerque, como si fuera un centinela, y volver a colocar el candado que está siempre puesto, pero siempre abierto. Entrar en esa casa que no es mía, pero en la que soy bien recibida, y atravesar ese pasillo que separa la puerta principal de la sala donde la encontraré sentada, viendo una película sin verla solo para sobrellevar el tiempo.

Me pregunto si en ese pasillo no tendrán cabida cada una de mis edades: la niñez, la adolescencia, la juventud, la adultez. O si no será más bien el pasillo, y no yo, el que ha sido alterado, el que ha sido objeto de reformas y pequeñas mutaciones. Guardo una imagen muy vívida de un evento en particular. Tengo alrededor de cinco o seis años. Lavo los platos con mi tía Yoli, ahí mismo, en un lavabo que se encuentra situado en una esquina. De pronto, me asalta una duda: «Oye, ¿pero tú cuántos años tienes?». A lo que ella contesta: «Treinta y ocho». Su respuesta me deja perpleja: «¡Pero si eres más joven que mi mamá! ¿Por qué eres entonces mi tía *abuela*?». «No se lo digas a nadie, pero yo cuento los años de otra forma», dice finalmente. Nunca olvidé esa conversación. Tiempo después descubrí que me había tomado el pelo y no paramos de reírnos, pero yo sabía a qué se refería: la juventud, más que una etapa de la vida, es un estado del alma, y ella lo ha entendido perfectamente. Por su culpa, ahora yo también cuento los años de otra forma.

A medida que me aproximo a su sofá, y a medida que escucha mis pasos, que ella ha aprendido a distinguir e incluso a esperar, me percató de un ligero cambio en el ambiente. No es el tiempo el que transcurre: somos nosotras, somos nosotras quienes hacemos que se pliegue sobre sí mismo y se dilate a medida que nos acercamos. Escucho el saludo de mi tía Ceci, su hija, desde la cocina y me dirijo a la sala. «Mosi», le susurro a Yoli, como le decimos de cariño. Ella abre sus ojos y me observa, sin saber si sueña o está despierta. «Lili, ¿ya estás aquí? ¿Cuándo llegaste?». Aquí estoy. Este invierno comeremos sandwichón, jugaremos lotería y Yoli beberá un par de cervecitas sin alcohol. Llevamos años haciéndole creer que se emborracha de verdad, pero ella no lo sabe y la fuerza de la sugestión hace que se le suelte la lengua y nos cuente episodios de su pasado o chismes de los vecinos. Por otro lado, ya casi no alcanza a distinguir las figuras en las cartillas de la lotería: confunde al gallo con el cotorro, al valiente con el apache, coloca las fichas donde no van o se declara ganadora antes de tiempo, pero no nos importa. Esas noches son de fiesta y, mientras más trampas cometamos, mejor.

Esa tarde, la tarde de mi llegada, permanezco en la sala junto a ella. Tengo tres semanas para indagar en su vida entera, para intentar comprenderla: quiero escribir sobre la Yoli que es real en mi cabeza, la que se vuelve real a través de mi mirada.

—¿Quieres un pastelito de camote? —le pregunto.

—Sí, pero antes me gustaría ir al parque.

Con frecuencia quiere salir, pero ya no puede hacerlo sola. Toda la vida fue alguien de exteriores: si uno le proponía una aventura, ella no dudaba en apuntarse. Ya sabía que más tarde lo pagaría con un terrible dolor de espalda, pero no le preocupaba. Siempre había sido una persona a la que le gustaba decir que sí, sí a todo, sí a la playa y sí a la selva y sí a la incertidumbre, y si algo salía mal ya vería cómo arreglarlo.

Miro por la ventana. El cielo está gris, la lluvia se avecina, así que le prometo sacarla a pasear en otro momento. A Yoli comienzan a dolerle las costillas:

—Aquí está la señal, viene un tormentón.

Según mis tíos y mi madre, Mosi posee la habilidad providencial de adivinar el tiempo atmosférico: en pocas palabras, le duelen las costillas cada vez que se avecina un huracán. Incluso mis abuelos lo pensaban. Cuando era pequeña, mi abuela Olga la usaba para reconfirmar los pronósticos. El periodiquero lanzaba el *Diario de Yucatán* a primera hora de la mañana, mi abuela lo recogía, se iba directo a la sección meteorológica y levantaba el teléfono:

—A ver, Yoli, ¿nos va a pegar el huracán o no? Para saber si mando a mi marido a hacer compras de pánico.

—Pues yo creo que sí, me desperté con algo de dolor...

—Pero ¿dónde te duele? ¿En qué parte? ¿Pasará el huracán por arriba de Cuba o por abajo? ¿No puedes ser más específica? —Mi abuela se desesperaba cuando hacía una llamada telefónica.

Según la creencia popular yucateca, si una tormenta tropical pasa por arriba de Cuba, se va para Florida; si pasa por abajo, nos toca sí o sí. En el mejor de los casos, se caen los árboles, se dañan los edificios, se rompen los vidrios, se va la luz durante más de un mes y nos toca bañarnos a cubetazos.

—Apenas me voy levantando, ¿no me puedes dar unos minutos...?

—Vístete, voy para tu casa a tocar tus costillas.

Estamos a finales de diciembre. La temporada de huracanes ha concluido. A Yoli le duele un poco, pero asegura: «No te preocupes, será una tormenta breve». Ceci me invita a quedarme un rato más, en lo que pasa la lluvia, y saca el dominó para que la espera no se haga tan larga.

Mientras observo por el visillo de la ventana me pregunto si la gente que vivió y murió antes que yo, antes que nosotras, habrá pensado algo parecido bajo ese mismo cielo y esas mismas nubes, si habrá pensado que todos los cielos son iguales o se parecen mucho, si habrá decidido salir a pasear otro día, ante la inminencia de la lluvia. Imagino que la vida se repite una y otra vez, tal como la he vivido. Que todo lo que ha sucedido, sucederá y está sucediendo se repite de manera infinita e incesante. Me intriga saber qué piensa ella: ¿qué haría Yoli con una vida que no deja de repetirse? ¿Le gustaría volver a vivir la misma vida?

—Depende. ¿Podría recuperar a mi marido?

—No —respondo—. Tendría que ser igual.

Ella lo medita un momento.

—No quiero otra vida igual, con esta ha sido suficiente.

Sonríe satisfecha. Coloca la primera ficha del dominó sobre la mesa.